



Necesidad de pronunciarlos



Una de las premisas que fundamentan la existencia de nuestra universidad es su necesario involucramiento, no adhesivo sino comprometido, en la dinámica de su entorno, en este caso, nuestra Amazonía, pues, si hay una institución, entre otras, con mayores compromisos con los intereses regionales, somos nosotros, la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana, pues contamos en nuestro seno, con profesionales de las más altas calificaciones y, por ende, con idoneidad, para conocer y sentir en lo más profundo de su ser, las gravísimas agresiones de las que viene siendo objeto nuestra región por parte de una diversa gama de agentes que han asumido a la Amazonía como botín para satisfacer sus intereses, sin importarles sus consecuencias destructivas.

Si bien es verdad que por políticas estatales e iniciativas particulares, unas individuales, otras institucionales, nuestra región siempre sufrió el embate depredante de muy diversos agentes, para aprovecharse a cualquier costo de sus riquezas fisicogeográficas, ecobiológicas, socioculturales y espirituales, en los actuales momentos de exacerbación de estas acciones se hace incomprensible que una institución que representa el sùmmum intelectual en cuanto a conocimiento y lucidez de sus miembros, permanezca en silencio, indiferente y distante de la tragedia que vienen viviendo los pueblos que han hecho de nuestro maravilloso bosque su tradicional referente de vida individual y social, de la manera más integral que pudiera concebirse.



¿Cuándo esperamos pronunciarnos como corresponde a nuestros deberes y responsabilidades sociales?
¿Cuando ya no haya bosque que talar, cuando el mercurio haya contaminado todos nuestros ríos, cuando las petroleras hayan envenenado ríos y cochas, cuando los buscadores de oro hayan dragado todos los lechos de ríos y quebradas, cuando la siembra de cacaos haya devastado nuestra floresta, cuando los sembríos de palma aceitera haya transformado en desierto nuestro llano amazónico, cuando hayamos alterado todos los hábitats de la prodigiosa biodiversidad que poseemos?



¿No contamos, acaso, con profesionales con idoneidad analítica e interpretativa de nuestra realidad para que nos ilustren de la gravedad de la situación? ¿Esperamos, acaso, pronunciarnos cuando ya no haya remedio para nada?

¿Qué dicen nuestros profesionales biólogos, agrónomos, forestales, abogados, enfermeros, médicos, químicos, docentes, etc., sin y con maestría y doctorado? ¿O es que nos hemos insensibilizado ante la tragedia regional? La búsqueda de nuestra acreditación académica no puede ser ajena al logro previo de nuestra acreditación social. Si la colectividad, a quien

pretendemos servir, no se siente interpretada en sus problemas por la universidad cuyo funcionamiento logró con luchas generacionales, careceremos del sustento moral y fáctico para pretender actuar en nombre de ella.

Somos nosotros, por nuestras propias características, quienes estamos obligados moralmente a generar corrientes de opinión, actitudes, valores a partir de las expresiones de un pensamiento crítico y colectivo nacido en nuestra interioridad institucional. Si queremos trascender significativamente nuestro rol meramente académico, tenemos la obligación de crear condiciones estimulantes para generar una ciudadanía activa, participante desde un pensamiento comprometido con nuestros supremos intereses regionales. Tenemos que superar nuestro autismo institucional y dirigir nuestra atención a nuestro entorno. Centrarnos, excluyentemente, en nuestra interioridad institucional no hace sino consolidar una inconcebible actitud solipsista en el marco de una tragedia regional en indetenible y trágico proceso de agravamiento. Teniendo posibilidades de hacer oír nuestra voz de protesta fundamentada, en cuanto foro o circunstancia sea posible, estamos optando por un ominoso y doloroso silencio.

¿No es acaso una responsabilidad social que tenemos todos los profesionales que trabajamos en la UNAP el asumir una posición en defensa de nuestra región? Expresar nuestra protesta institucional, es lo mínimo que podemos hacer, pues nuestro silencio expresa aceptación, complicidad con los agentes destructores, salvo, lo que sería inconcebible, que no nos hayamos dado cuenta de la gravedad de la situación.



Y este silencio también implica a los estudiantes, quienes, se supone, se están formando para luchar por los intereses de nuestra AMAZONÍA, más allá de lograr su profesionalidad. Y a los trabajadores administrativos pues también son usufructuarios de los bienes y servicios que nos brinda.

Frente a este mutismo multilingüe y multilaboral, la colectividad amazónica debe estar preguntándose, ¿entonces, para qué tenemos un centro de estudios superiores?, ¿para qué formamos profesionales?

Urge, pues, que nuestra UNIVERSIDAD exprese y fije su posición jurídica, moral, científica, principista, etc. frente a estos atropellos, oficiales y particulares, que hacen de nosotros, pueblos y personas, simples cosas sin ningún valor frente a las veleidades de quienes tienen los poderes económico y político.

Hagamos respetar nuestra dignidad, que nunca hemos perdido, y hagamos sentir nuestra protesta frente a cada atropello que se infiera a nuestra región amazónica. El silencio ominoso nos descalifica moralmente.